

Un desenfadado ensayo del filósofo británico John Gray, 'Filosofía felina', defiende cuánto tenemos que aprender de los mininos y relata con qué saña les hemos odiado

Por qué los gatos nos dan mil vueltas en el vivir

JAVIER VILLUENDAS MADRID

Decía Pedro J. Ramírez, el de El Español.com (que no 'es'), que Mariano Rajoy parecía que sintiera como una especie de incomodidad respecto a su ser y estar en el mundo. Raro ataque, aunque Rajoy somos todos, en algún momento. Y, particularmente, si nos comparamos con los gatos, a los cuales se les odia por lo contrario, según John Gray (1948), doctor en Filosofía y docente en Oxford. Odiamos a los felinos por su «aristocrático desapego» y su «sentido innato» para estar a gustísimo en su propio pellejo.

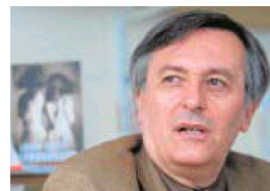
«El animal humano nunca deja de aspirar a algo que no es, con los trágicos y ridículos resultados previsibles. Los gatos no hacen ningún esfuerzo de ese tipo. La felicidad es un

estado en el que se instalan cuando desaparecen las amenazas a su bienestar», escribió en las páginas de ABC Cultural el novelista Álvaro Pombo, desmadrando el último libro de Gray en España, 'Filosofía felina: los gatos y el sentido de la vida' (Sexto Piso).

El yogui Ramiro Calle ha estudiado a Buda, a Lao-Tse, a Krishnamurti, a Jesús, a Confucio, a Zaratustra, a Nya-

naponika Thera. Dice de su gato Émile: «Es un maestro. Es el que más me quiere porque no me juzga. Come y duerme cuando es necesario, cuando es oportuno toma el sol sin excederse. Hace relajación profunda y distribuye muy bien su tiempo. Sabe estar solo y acompañado. Añado su ausencia de rencor, su benevolencia cuando no le dejo en paz o su contagiosa ternura. Su habilidad para la concentración es tal que parece quedarse absorto en samadhi». Y termina: «No logro entrar en su misterioso cerebro, pero cuando me miran sus ojos parecen decirme lo que, quizá, es lo más esencial que aprendo de Émile todos los días: que el pensamiento es insuficiente y es en el corazón donde se hallan las verdaderas respuestas».

No producen especímenes alfa gatunos. Y no van en manada. Tampoco veneran ni obedecen a sus dueños humanos



John Gray, doctor en Filosofía y profesor en Oxford // ABC

Ante el apunte peyorativo de que los mininos son animales irracionales, Gray opina que su falta de razonamiento abstracto es algo positivo y un símbolo de libertad: «Si pudieran entenderla, la filosofía no tendría nada que enseñarles». En el ensayo cuenta cómo Descartes, efigie de la razón, arrojó un gato por la ventana para demostrar la ausencia de sintiencia consciente en los no humanos. Sus pruebas empíricas pretendían demostrar que eran máquinas insensibles y sus aterrados chillidos, reacciones mecánicas. «Lo que estos experimentos evidenciaron es que los humanos pueden ser más irreflexivos que ningún otro animal», escribe Gray.

Y aunque los videos de 'gatetes' vivan una época dorada en internet o estén literariamente de moda ('Cartas memorables: gatos', 'La vida secreta de los gatos...'), no siempre les quisimos. Antes de que las miras se volvieran al temible pangolín, se les demonizó acusándoles de contaminar el medio ambiente y propagar infecciones. Un odio que viene de lejos. En Francia, en la Edad Moderna, se les asociaba al Diablo, y muchas festividades religiosas acababan quemando un gato o tirándolos de un tejado. En Alemania los chillidos de los gatos incluso legaron una palabra: 'katzenmusik'. Allí los carnavales solían culminar con un remedo de juicio en el que se les apaleaba hasta dejarlos moribundos y luego los colgaban para jolgorio general.

El peligro de ser feliz

Envidia, dice Gray, porque demasiadas personas llevan vidas de reprimido sufrimiento. «Por supuesto, muchos otros animales han sufrido la crueldad humana. Pero algunos humanos parecen odiar a los gatos porque son naturalmente felices, al igual que odian a otros humanos que son felices por naturaleza. Es peligroso ser feliz entre los humanos», dice el pensador. En el libro sostiene que, al contrario que los gatos, los humanos intentan lograr la felicidad huyendo de sí mismos. «Para muchos humanos vivir de ilusiones es la única manera de traer felicidad. Al mismo tiempo es peligroso, ya que evitan la realidad: gente hostil, dictadores, cambio climático... Los humanos quieren escapar de sí mismos más de lo que quieren escapar de la muerte».

Los felinos, a diferencia de los chimpancés, no producen especímenes alfa gatunos. Cooperan si es necesario, pero no van en grupos. Ni obedecen ni veneran a sus dueños humanos. Políticamente, ¿serían anarquistas? «No, porque no confían fácilmente en otros, ya sean gatos o humanos. No serían liberales porque aceptan la necesidad de poder. Una filosofía-política felina, si existiera, sería el Realismo. Pero, en el fondo, a los gatos no les interesa la política. Para ellos, cualquier implicación política es un tiempo desperdiciado. Prefieren dormir y jugar». ¡Como Messi!

Gray afirma que «el gran fracaso del racionalismo es creer que los humanos pueden vivir aplicando una teoría». ¿Qué recomienda? «A veces hay que confiar en teorías, como en la pandemia. Las estadísticas y la epidemiología muestran que uno estará más seguro si está completamente vacunado. Aquí la ciencia debería ser tu guía. Sin embargo, gran parte de la vida es arte. Si quieres saber cómo hacer política, observe a un hábil político en acción. Si quieres ser un poeta, lee y escucha poesía. Si quieres saber amar sin sufrir, pregúntale a alguien que ha amado: ellos te dirán lo que nadie sabe». ¿Qué podemos aprender de los gatos? «No busques sentido a la vida. Disfruta tus días como vienen y soporta tus dolores como precio de estar vivo».



'FILOSOFÍA FELINA'

La editorial Sexto Piso publicó a finales del año pasado este ensayo de 168 páginas sobre los gatos y el sentido de la vida